

Del ser a la presencia (Heidegger y Paz)

JUAN MALPARTIDA

*No es el yo fundamental
eso que busca el poeta,
sino el tú esencial.*

Antonio Machado

Cuando Octavio Paz, recientemente, inició la edición de sus obras completas, tituló a sus ensayos sobre temas fundamentalmente de poética *La casa de la presencia*.¹ Es el primer volumen que abre esa variada, penetrante y, al par, unitaria obra. Lejos de dispersarse, su desarrollo a lo largo de los años ha dotado a su pensamiento de una coherencia en la que se hace patente que todo verdadero tema es un destino, no un trabajo académico. La meditación sobre lo poético y su sentido entre los hombres, es la piedra de toque de esta obra. Este título designa no al ensayo mismo sino al tema central de estos ensayos: la poesía. *El arco y la lira*, *Los hijos del limo*, *La otra voz*, y otros textos reunidos en ese volumen, son un puente hacia la poesía. Ahora bien, por su calidad literaria y por sus cualidades de transparencia, ese puente hecho de reflexiones, de pensamientos y ejemplos, se constituye por momentos en el lugar a donde íbamos. El puente es ya el lugar. Esto sólo se da en aquellos críticos y pensadores para los cuales el decir no es concebido como un instrumento al servicio de una determinada doctrina, sino que esa escritura está cargada de elementos creativos. El objeto mismo de su especulación dota a la escritura de una tensión entre el demostrar y el mostrar mismo.

Paz ha tenido la inclinación, al menos en una ocasión, de llamar a su obra poética con un nombre genérico, y varios libros o periodos muy extensos de su labor poética, ostentan un título general. Me refiero a *Libertad bajo palabra* que abarca toda la poesía escrita entre 1935 y 1957. Veintidós años que

van, en la biografía del autor, desde los veinticinco hasta los cuarenta y cuatro años. Quizá no sea demasiado osado pensar que dos ejemplos españoles, de poetas muy cercanos a su poesía, le señalaban el camino: Jorge Guillén con *Cántico* (también un título que recoge toda una época de su poesía) y el caso más total, Luis Cernuda con *La realidad y el deseo*. No obstante, este título, *Libertad bajo palabra*, que tanto tiene que ver con la concepción de la poesía por parte de Octavio Paz, se detiene en esa fecha y cuando se reúne por primera vez su poesía completa lleva el discreto título de *Poemas* con las fechas correspondientes, y, un poco después, en 1990, al recoger un nuevo libro en ella, *Árbol adentro*, lo cambia ligeramente por *Obra poética*.² Paz ha desplazado a sus ensayos sobre poética el nombre que, me atrevo a pensar, le hubiera gustado para su poesía si no fuera porque reunir tal variedad literaria bajo un mismo nombre le debe resultar molesto, además de que ese título define sintéticamente en la obra de Paz el significado de la poesía en general. A mí esta imagen, *La casa de la presencia*, me vale para esbozar aquí algunas sugerencias.

Heidegger afirmó en la *Carta sobre el humanismo* que la palabra es la casa del ser, frase que nos recuerda un poco el título paciano. Es la frase de un filósofo y, tal vez, podría serlo también de un místico; de un filósofo que quiso retrotraerse a la palabra de los presocráticos para reivindicar la cercanía entre el poeta y el pensador, además de volver a los inicios de nuestro pensamiento para replantearse la pregunta por el ser, hacerlo de otra manera, no tratando de confundir el ser con el ente. Por su parte, el mismo Paz ha explicado brevemente su interés por el filósofo alemán, el más citado en *El arco y la lira* (1956, y 1967 para su última redacción):

me interesó la ontología de Heidegger como un fundamento
—o más exactamente: como un punto de partida para la ela-

¹ *La casa de la presencia. Poesía e historia*, Editorial Círculo de Lectores, 1991.

² *Poemas (1935-1975)*, Seix Barral, Barcelona, 1976.

boración de una poética—. No una estética ni una filosofía de la poesía; más bien, una visión de la poesía como revelación del ser al desplegarse en la temporalidad del lenguaje. La imagen poética es la instantánea aparición del ser; una aparición que es también una desaparición: el tiempo se abre y ese hueco es el lugar de la aparición/desaparición... La *otredad*, como decía Machado, es el ser mismo que se despliega en el abismo del tiempo.

Para entender mejor esta noción de ser y de presencia hay que recordar que Heidegger traducía el término griego *parousia* como “casa propia, un estar en casa, un estar presente y sostenerse por sí mismo, un autocircunvalamiento, un ‘estado de presente’ y un ‘estado de ahí’ total”.

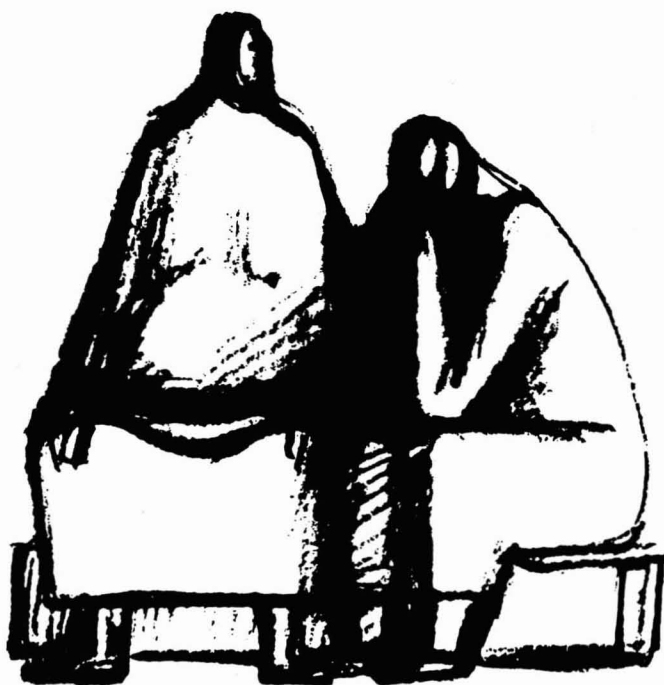
Además, Heidegger le hace más evidente al Paz de los años cincuentas que “todo querer y desear tiene su raíz y fundamento en el ser mismo del hombre, que es ya y desde que nace un querer ser, una avidez permanente de ser, un continuo pre-ser-se”. Éste es uno de los meollos de la obra de Paz que ya comenzó a vislumbrarse en un ensayo de juventud, *Poesía de soledad, poesía de comunión*, y que encontramos desarrollado, por referirnos sólo a su obra ensayística, en *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira* y *La llama doble*, entre otros textos. La conciencia de sí mismo como carencia y la salida hacia lo extraño y entrañable es un impulso que desemboca en el mundo. El motor de ese movimiento es el deseo, un sentimiento que proyecta al hombre continuamente fuera de sí mismo. El hombre es deseo de ser porque se concibe como carencia de ser, o dicho de otra manera: como un ser que se está siendo y por lo tanto ha de perseverar incesantemente en lo que es. Pero el ser del hombre no le es dado, es un querer ser. De esta manera Paz concibe el deseo como eje entre uno y el mundo, entre la soledad y la comunión, por emplear sus primeros términos. El deseo es la forma que adopta nuestro ser y en él se hace patente que “el ser implica el no ser; y a la inversa”. En este sentido Paz parece reconciliar tácitamente a Heidegger con cierto pensamiento oriental que se opone a la distinción que desde Parménides trata de distinguir drásticamente entre ser y no ser; este pensamiento que estaba en el budismo, pero también en Hegel antes que en Heidegger, va más allá de ese dualismo al afirmar paradójicamente ser y nada, o incluso su identidad: el ser es la nada.

Interesado en la idea del ser desplegándose en el tiempo, el ser como temporalidad, en definitiva, Paz encuentra que la palabra poética es el modo más extremo de esa posibilidad. ¿Pero qué es el ser para Paz? Heidegger no reconcilió el ser con la existencia, pero el poeta mexicano identifica al ser con la otredad, hasta afirmar en un libro reciente lo que ya venía pensando desde hace muchos años, que la *otra voz* sin la cual la poesía no puede darse; sin la cual toda experiencia creadora estaría llamada al fracaso, es la otredad misma.

Pero volvamos a *El arco y la lira*. En él se afirma que la experiencia poética es la revelación de nuestra condición original, es decir que el poder de la poesía consiste precisamente

en descubrir aquello que somos a través de un acto imaginativo. Cuál sea nuestra condición original es algo sobre lo que tenemos que preguntarnos porque pronto veremos que coincide con una creación. El ser no es un bloque de experiencia latente en nuestra memoria; no es que, realistamente, la poesía nos muestre, como último extremo de sus posibilidades, nuestra condición, sino que dado que el ser es algo que se está siendo —no que es y sobre el cual se apoye nuestra existencia— la poesía nos revela el ser al realizarlo. Esto me parece muy importante para comprender el significado de la enorme defensa de la poesía en que consiste, entre otras facetas, la obra de Paz. Si la poesía es importante para el hombre es porque se trata de una de las formas más altas de ser.

Inspirándose en Heidegger, Paz afirma en *El arco y la lira* que “en nada puede apoyarse el ser, porque la nada es su fundamento. Así, no le queda más recurso que asirse a sí mismo, crearse a cada instante. Nuestro ser consiste sólo en una posibilidad de ser”. Aquí se ve lo que ha movido la parte más importante de su obra: somos posibilidad, luego hay que trascender la soledad en comunión, el lenguaje en poesía, el extrañamiento en reconocimiento, el monólogo en diálogo, el yo en el tú, el tú en la otredad. Pero todos esos colmos a los que tiende el deseo y a los que debe tender para no paralizar al ser en una imagen fija de sí mismo y por lo tanto funeraria —sólo la muerte nos fija sin posibilidad de cambio— no puede decirse que estén fuera: no es la selva que el explorador descubre a su paso, armado de ciencia y de un poco de locura, es una selva que inventamos al descubrirla porque entramos en ella gracias a actos —el poético, la alegría amorosa y otras actitudes pasionales— asistidos fundamentalmente por la imaginación. Somos deseo de ser y el deseo es un acto



de la imaginación, con lo cual es fácil deducir que el deseo de ser es un imaginar al ser: a través de esa imagen cuyo momento más alto es la poesía el ser toma cuerpo, se hace tiempo. Pero antes de seguir con esto, hay que repasar, aunque sea muy someramente, la relación de Paz con la herencia poética de la modernidad, centrada especialmente, para los límites de este trabajo, en Mallarmé como su mayor momento crítico.

Mallarmé pensó toda su vida en un libro que fuera el doble ideal del cosmos. Era algo que, de alguna manera, estaba en el espíritu del simbolismo, aunque sólo Mallarmé lo llevara a cabo; quiero decir la meditación, no el poema. Para Mallarmé el simbolismo es órfico, en contra de la representación que es finita en cuanto atañe a lo designado. La sugerencia sin embargo contiene múltiples significados. Aunque el simbolismo tiende a imitar la música —Verlaine quizá como mayor ejemplo— Mallarmé quiso ir más allá al querer para la poesía *la forma* de la música. No tanto el oído sino aquello que despierta en nuestra imaginación. La poesía se dice y se ve: es sonido y espacio. Si la música era para el simbolismo lo más alto, Mallarmé concibió la poesía, según Octavio Paz, “como la única posibilidad de identificación del lenguaje con lo absoluto”, pero se niega a sí misma cada vez que se realiza porque no puede abolir el azar salvo, sigue Paz, si el poema es simultáneamente crítica de esa tentativa. O dicho con otras palabras, el poema de Mallarmé, *Un coup de dés* no pudo ser el poema absoluto sino *otro* poema. Mallarmé pensaba en una escritura ideal en la que las palabras se reflejarían unas a otras, se leerían entre sí, o dicho gracias al estructuralismo: se leerían a través de nosotros mismos, idea de la que, desde los años cincuentas, han abusado los críticos semiólogos. ¿Pero ese poema ideal qué es? ¿Qué dice? Paz nos aclara que “al final del viaje el poeta no contempla la Idea, símbolo o arquetipo del universo, sino un espacio en el que despunta una constelación: el poema”. La palabra, finalmente, es soberana, es puro lenguaje. El mundo se evapora, cesa de tener imagen. ¿Pero son esas palabras verdaderas? Y, ¿cuál es el tipo de realidad que poseen? El poeta mexicano nos aclara que para Mallarmé la verdad estaba en ese *tal vez* y que la realidad es una probabilidad infinita. El mundo se había anulado en beneficio de las palabras y ahora las palabras mismas en su transparencia no muestran nada, salvo ese *tal vez* y esa probabilidad inacabable. La herencia de Mallarmé, deduce Paz pensando en *Un coup de dés*, “es un poema cerrado al mundo pero abierto al espacio sin nombre”. El proyecto poético de Paz ha sido hasta ahora poblar ese espacio, pero al hacerlo, al vivir la palabra como búsqueda de sentido, el proyecto mallarmeano ha tenido que desvirtuarse porque las nupcias entre mundo y palabra expulsan a lo absoluto. Lo absoluto se relativiza y el hombre, con sus pasiones (sin excluir para nada a la pasión del conocimiento) entra en escena. Para Paz no hay poema absoluto sino poemas; tampoco hay tiempo absoluto sino instantes absolutos. “El mito de Mallarmé —ha visto Paz— no es filantrópico; no es Prometeo, el que da

el fuego a los hombres, sino Igitur: el que se contempla a sí mismo.”

¿Y acaso no es posible ver este mismo fenómeno de soledad en la obra de Heidegger? Karl Jaspers, en las notas sobre Heidegger, que fueron publicadas póstumamente, observó que en Heidegger “la existencia se denomina ‘una’, pero no se convierte en problema la comunicación de las existencias. Siempre es el uno del que se trata exclusivamente, y en las tesis dadas el otro sólo puede añadirse como el otro para el uno”. Jaspers califica de solipsista a esta filosofía, sin que fuera insensible al gran talento de Heidegger para iluminar muchos aspectos de nuestra realidad.

La matización de Paz imprime una orientación distinta. Aunque ambos parten de una nostalgia del ser, Paz señala que la poesía es la casa de la presencia; su respuesta es menos filosófica y, además, acentúa, como podemos ver en todo lo extenso de su obra poética y ensayística, desde sus estudios sobre arte hasta sus ensayos políticos, la presencia de lo otro y de los otros. Es una herencia que nuestro poeta recoge, en parte, de Antonio Machado y la lleva a sus últimas consecuencias. Aunque jamás ha dejado de preguntarse por el qué son las cosas, la obra de Paz ha gravitado esencialmente sobre un mundo hecho de relaciones. Su meditación sobre lo poético no es una ontología; creo que no le preocupa tanto el ser como sus manifestaciones: imagen, ritmo, inspiración, consagración del instante. Qué es la poesía, cómo dice lo que dice y cuál es su sentido. Es visible que, aunque en cierto aspecto son casas vecinas la de Heidegger y la de Paz, no son la misma. La primera está habitada por un ente que debemos interrogar para permitirnos la apertura al ser, ese ser que está en todas partes y en ninguna, un ser que, como la crítica a veces ha señalado, es mera tautología porque de él sólo puede decirse que es. La gran tarea del hombre es vivir para preguntarse por el ser, ese dios sin atributos ni historia: de ahí su llamada a lo primigenio, la tierra, la sangre, la patria, la lengua materna y otras imágenes-conceptos a un tiempo atractivas y terribles. Para Heidegger el Ser es el fundamento de todo lo que es, de ahí que su desvelamiento mayor sea la búsqueda de ese ser en ciertas experiencias afortunadas a las que no fue ajena la poesía y la pintura, según él. Esa búsqueda es metafísica. Su discípula y refutadora, Hannah Arendt, ha señalado que la ontología de Heidegger “oculta un funcionalismo rígido en el que el hombre aparece solamente como un conglomerado de maneras de Ser”. La misma escritora nos recordó algo que nosotros podemos ver en la obra de Paz: que “el mundo está situado entre las personas”. Esto es bajar, es verdad, al terreno de todos los días, pero en ese terreno es donde vivimos y morimos, donde el ser y el no ser se engendran mutuamente, como decían ya los chinos hace milenios.

La *casa* de Octavio Paz está habitada por presencias, realidades para los sentidos que no excluyen ese otro sentido, el mental. La presencia supone una corporalidad que el ser no indica. Es, además, menos absoluta: un poco de hierba, un

cubo abandonado en el patio del jardín, una mujer reclinada sobre sí misma, una frondosa arboleda agitada por el viento, la mirada del otro, las palabras que todos los días nos decimos, la historia, el erotismo, el amor y el saber que nada es absoluto pero que hay instantes que son eternos en la brevedad de nuestras vidas: presencias que son percepciones, sentidos que son el testimonio de un cuerpo, de un tiempo. La presencia es tiempo y aunque no sabemos si vemos al ser, sí constatamos que el mundo es, y eso que es está todo el tiempo dejando de ser. Ahora bien, su manera de ser, puesto que estamos hablando de poesía —de objetos verbales que fundamentalmente se dicen y se oyen— tiene características propias. Por lo pronto, esa palabra poética es palabra en el tiempo, según la definición machadiana, pero es tiempo que una y otra vez encarna. El tiempo es su condición para ser. Poesía de circunstancias, la obra de Octavio Paz logra mostrarnos las circunstancias de la poesía, que consisten, entre otras cosas, en ser transhistóricas. Ésta es, al menos, una de sus paradojas. Es una circunstancia que, siendo historia, es, sobre todo, tiempo. No es el accidente, por definición aislado, sino el tiempo que vuelve, nunca del todo igual, pero siempre con algo idéntico en sus cambios: la poesía, la imagen poética. La imagen poética devuelve la libertad a las palabras, las desinstrumentaliza para convertir en imagen y ritmo aquello mismo que designa, porque el sentido es inseparable de su conformación verbal.

Casa de la presencia, el poema es un espacio que podemos habitar, es el espacio insospechado y que siempre creímos familiar: la presencia es este mundo, pero lo que llamamos este mundo es, en principio, una ausencia que, para que sea revelado en el poema, es necesario que las palabras alcancen un estado en el que los contrarios existan dinámicamente, proclamando tanto su tensión como su identidad profunda. La poesía, ha escrito Octavio Paz en *La otra voz*,

no se anula en la diversidad de sus apariciones; incluso cuando se identifica con la vacuidad, como ocurre en la tradición budista y en algunos poetas modernos de Occidente, se manifiesta —insigne paradoja— como presencia. No es una idea: es tiempo puro [...] La presencia es el ahora encarnado.

Creo que ya se hace más evidente lo que significa *la casa de la presencia*: es tiempo que se manifiesta en el ahora y presencia que reconcilia los tiempos. Es un ahora pero no una fecha histórica, porque en ese ahora que es presencia pura se reconcilia la diversidad, pasado y futuro.

En la poesía de Paz y en sus propuestas teóricas, poesía y amor son un par que conversan inacabablemente. Creo que, como veremos al final de estas líneas, los atributos del amor tienen en Paz semejanzas con las características que refiere a la poesía: en ambas experiencias, la poética y la amorosa, se da esta alteración de la identidad como el sentimiento de que, en el fondo, no sólo uno es como otro u otra sino que es, también, lo mismo. Siempre se ha dicho que el enamora-

miento es un descubrir nuestra otra mitad. El lenguaje poético —una y otra vez lo vemos en la poesía de Paz— también nos dice que hablar así, decir así, es descubrir nuestra mitad olvidada: decimos una imagen en la que los contrarios se reconcilian. Y en la experiencia con los demás, lo que otra persona es —tiempo, en primer lugar destinado a desaparecer— se nos revela, a través del amor, como una momentánea resolución de la escisión del tiempo. En ambas experiencias se hace evidente que la naturaleza humana es tiempo que constantemente se separa de sí mismo y que es un querer resolver esa separación. La poesía es una de las respuestas; la experiencia amorosa, otra, porque ambas, siendo tiempo se abren, según Paz, al otro lado del tiempo, donde sujeto y objeto se reconcilian. Hay que señalar, aunque sea de pasada, que la palabra amor sólo aparece una vez en *Ser y tiempo*, lo que supone una ausencia notable y significativa que bifurca una vez más los intereses de ambos escritores. Pero, un poeta español, Antonio Machado, que debió leer al filósofo alemán en alguna traducción francesa, pensó al ser como otredad, aunque expresó, y tal vez podamos añadir, con todas las matizaciones que sean necesarias, que vivió, el amor como tensión ante la inasequibilidad del sujeto, del otro, con lo cual esa tensión marcada por el deseo desemboca, en algunos casos en la pérdida, en otras en la conciencia de sí mismo como sujeto escindido. La amada es imposible pero no el conocimiento. De nuevo es el tiempo el que se levanta ante nosotros. Para Octavio Paz lo otro no es inasequible, como hemos visto en estas páginas; todo lo contrario, lo otro, la otredad constitutiva del ser, es condición de la poesía. Lo otro está siendo y dejando de ser y su dejar de ser no es un fracaso sino la característica de nuestra condición. Paz ha incorporado a la gran expulsada, a la muerte, y al hacerlo la vivifica. ¿Acaso deja de ser muerte por eso? No, porque la muerte no es ajena a nosotros, somos vida que es muerte, muerte que es vida. Nada viene ni vendrá a marcar nuestro fin desde fuera: todos los días, todas las horas, morimos y renacemos. En *Itinerario*, al hacer repaso de su trayectoria política, Paz se retrotrae a su infancia, cuando tiene el primer conocimiento de sí y lo relaciona con el descubrimiento de la extrañeza. Él mismo era pura extrañeza y llama a eso el “hueco”, que creo es lo mismo que en *La llama doble* conceptúa como “incompletud”. Un hueco que no nos abandona nunca porque somos nosotros mismos. Ese hueco, escribe Paz, “no me habla pero yo, a veces, oigo lo que su silencio me dice”.

La casa de la presencia es también ese hueco, aunque hecho imagen, hecho voz, es un hueco dicho. Y vuelvo, para terminar, a unas líneas de *La llama doble* en las que al describir el amor describe también aquello que la poesía nos revela, al ser desplegándose sobre la temporalidad del lenguaje: “¿Qué ve la pareja, en el espacio de un parpadeo? La identidad de la aparición y la desaparición, la verdad del cuerpo y del no-cuerpo, la visión de la presencia que se disuelve en un esplendor: vivacidad pura, latido del tiempo.” ♦